

# APUNTES FRAGMENTARIOS PARA UNA TEORIA DEL SELECTO

Por CARLOS RUIZ DEL CASTILLO

*Reanuda hoy su colaboración en nuestras páginas una de las figuras más singularmente interesantes de nuestro mundo universitario, don Carlos Ruiz del Castillo, catedrático de Derecho Político, autor de numerosos trabajos de investigación sobre esta rama jurídica, es actualmente Director del Instituto de Estudios de Administración Local. A sus profundos conocimientos sobre la ciencia política, se une un profundo dominio de los problemas que tiene planteados en la organización actual de los Estados, el tema de la municipalidad. Su profunda personalidad hace que todos cuantos temas cultive estén tratados con una altura intelectual y con un rigor científico sobremediano excepcionales.*

*Las páginas que siguen constituyen una admirable meditación filosófica sobre un tema de apasionante actualidad, expuesto por la pluma de un escritor de rico caudal humanista.*

**L**A naturaleza de la sociedad y el sentido de su progreso constituyen el problema central de la Teoría social, y todas las soluciones se polarizan hacia uno de estos criterios: el del influjo personal como agente de la Historia o el del predominio, en este aspecto, de la acción de las masas.

En su primigenio significado de ciencia de los hechos sociales, la Sociología ha destacado la importancia de lo colectivo. Y en verdad que este criterio es el que parece acomodarse mejor al obje-

to de la ciencia social. Negativamente, lo social puede oponerse, en efecto, a lo personal. A la Sociología interesa la acción del hombre en la medida en que se socializa, sedimentándose en vida común y constituyendo el extracto de usos, costumbres y convenciones. En una palabra, ingresando en la órbita de lo mostrenco y anónimo.

Todo lo cual no resuelve, ciertamente, el problema genético: el de la producción de lo social, ni el problema ontológico de la sociedad, o sea, el de su naturaleza. Sirve tan sólo para exponer lo social como producto, pero no para explicar el proceso de producción. Porque si el individuo es resultado de la organización social, queda sin explicar la peculiaridad de la acción personal en cuanto reacciona sobre la sociedad e injerta en ella una nueva fuerza, que es precisamente la que dota de dinamismo a la vida social. Pero también es cierto que si, por el contrario, se pretende explicar lo social como una difusión de actos individuales (tal como lo aclaran las leyes de la imitación y de la repetición) quedan en la penumbra estas dos cuestiones previas: por una parte, la relativa a la necesidad de concebir al individuo *dentro* de la sociedad hasta cuando reacciona sobre ella, se opone a sus influencias o incluso se retira de ella, emprendiendo el camino de la Tebaida; por otra, no queda explicado cómo unas acciones individuales llegan a ser asimiladas por la sociedad, mientras otras son rechazadas como cuerpos extraños. La observación de que el medio social posee virtud suscitadora y estimulante, al mismo tiempo que fuerza de asimilación, es lo que ha permitido que la sociedad haya sido emparejada, con gran vigor metafórico cuando no con pretensión de estricta equivalencia biológica, con el organismo viviente.

Sólo si se considera al individuo como portador de esencias sociales aparece integrada en proceso la escisión —únicamente concebible bajo especie de momentos de razón— entre la individual y lo social. El individuo es social por tendencia constitutiva, lleva en sí, como carácter, el instinto social, y la sociedad es cosa distinta de una reunión de simples individuos, precisamente porque

es complejo de *individuos que son ya sociales*. Y en esta correlación que se establece, es evidente que no todos los individuos cooperan al proceso social, ni en calidad ni en extensión, con una energía igual. La sociedad se presenta así como una *gradación de individualidades* o una jerarquía de aportaciones. La presión social es uniforme en cuanto se manifiesta como coacción oficial (leyes y autoridades), en la esfera de normas y preceptos cuya observancia impone el Estado, pero es desigual cuando se manifiesta en forma de usos y convenciones cuya fuerza consiste en la generalización de casos de vigencia. En este dominio, la presión no es igualmente intensa sobre todos los individuos; hay una gradación de presiones en congruencia con los modos de asimilación y de observancia, una adaptación a las circunstancias personales. Y aquí se expresan las variedades como resultado de una lucha entre la *iniciativa* individual, infinitamente matizada, y la *resistencia* del medio. El impulso para evadir la imitación forja la *originalidad*.

Pero toda iniciativa o toda originalidad han de poseer, recíprocamente, aptitud social. Si el Genio, en sentir de Baldwin, se caracteriza por su «variabilidad», advierte el mismo sociólogo que también varía el demente, pero las variaciones del Genio son sociales en cuanto son aceptadas, mientras que las variaciones del loco o del criminal son siempre hechos extravagantes.

Además, la originalidad genial comporta una excepción, no ya considerada en relación con el conjunto de hombres de una sociedad, sino como acción en el conjunto de acciones del mismo individuo original. O sea, que ni la personalidad más fuerte es original totalmente. La mayor parte de sus pensamientos y de sus acciones responden a un criterio de *habitualidad*. El repertorio de originalidades que despliega la personalidad señera es insignificante si se lo compara con el de las acciones que constituyen su comportamiento habitual. Instalado el gran hombre, como cualquier otro hombre, en lo social, la originalidad es sólo ventana del edificio abierta a la múltiple curiosidad del espíritu superior.

Aun esta misma originalidad se nutre generalmente de adapta-

ciones tanto como de novedades, porque la sociedad sólo legítima con su impronta lo que no rompe violentamente los estados de costumbre en que ella se refleja y reconoce. Sólo adquiere vigencia social lo que puede ser elemento del proceso de la vida común.

Así acontece, por ejemplo, con la evolución, eminentemente orgánica del idioma. El lingüista original no es el que modela más voces; tampoco es posible forzar el ritmo de adopción de neologismos más allá de la necesidad concreta y acuciante. La originalidad del lingüista consiste en la utilización peculiar de las palabras, a las que abre horizontes, dándoles giros nuevos. El enriquecimiento del idioma es más profundo que extenso. Las palabras, permaneciendo aparentemente iguales como entidades semánticas, adquieren nueva fuerza de expresión y colorido en los modos y formas del escritor excepcional.

De lo que ya se ha convertido en producto social y está petrificado en hábito o rutina, sólo el hombre superior sabe sacar chispas, como de pedernal auténtico. Parece indudable que el progreso y el movimiento de lo que la Sociología positivista consideraba como materia social es obra individual. La creación corresponde al individuo; la conservación es obra social.

Pero, como acaba de insinuarse, no basta, sin otro esclarecimiento, con esta afirmación. La sociedad muestra también un criterio de selección, en el sentido de que, entre las múltiples originalidades, sólo a algunas imprime cuño de vigencia, mientras elimina otras. A lo sumo, las no asimiladas permanecen al margen de la socialización y no alcanzan así valor de ejemplaridad, pues sólo es ejemplar lo que contiene posibilidades de imitación.

El destino de la originalidad es morir al ser imitada. Nuestras originalidades —decía Gabriel Tarde— llegarán a ser vulgares a su vez. Las propias originalidades de los sabios y sus mismas contradicciones no tienen otra misión que formar las verdades destinadas para uso futuro de los maestros de escuela.

La teoría de los *grandes hombres* es una parte de la Teoría social si se considera que la sociedad encuentra en ellos los resortes de acción y el impulso necesario para renovarse. «Generalmente, es-

cribió Bluntschli, una idea nueva encarna primero en los grandes hombres de una época y después desciende sucesivamente a las masas, a la manera que el sol ilumina primero las cumbres de las montañas.»

Mas la Teoría social no incorpora el individuo como tal, en su totalidad, al proceso de creación. No interesa el individuo, en su actividad conjunta, a la Teoría en cuanto aspira a ser autónoma. Le interesan sólo aquellas actividades que se destacan por su ejemplaridad. Son éstas, por otra parte, las que perpetúan los nombres que la posteridad recibe como transmisión con que el tiempo remeda a la eternidad.

Son las acciones, las obras, y no los hombres, lo único susceptible de transformarse en productos objetivos. Ramiro de Maeztu escribió agudamente: «Conocemos las vidas de algunos de los hombres que realizaron las mejores acciones que registra la Historia. Esas obras nos muestran que los hombres no eran buenos, aunque sus obras lo fueran. Si conocéis a artistas y a intelectuales, ya sabréis que no son buenos. Los genios no son mejores. Y los santos, que, sobreponiéndose a su naturaleza, vivieron, en conjunto, vidas santas, no fueron más que pecadores. Lo que hace santo al santo es que no pierde casi nunca la conciencia de ser un pecador.»

He aquí el tipo del Héroe. Se adquiere esa categoría por unas cuantas acciones excepcionales en sí mismas y raras también en la vida cotidiana del sujeto heroico. A veces, basta una sola acción, un gesto como el de Guzmán el Bueno en Tarifa, para ceñirse la corona de Héroe. En ocasiones, el martirio redime la vulgaridad y acaso el oprobio de una vida: «Un bel morire tutta la vita onora...» Por su calidad de excepción se define el heroísmo: excepción —insistamos— no sólo del hombre capaz de realizarlo entre los demás hombres, sino de la acción heroica en el conjunto de actos de un mismo hombre. Un heroísmo permanente no se concibe, porque la vida no adquiere la tensión necesaria para suscitar continuamente la actitud heroica. La degeneración del Héroe es el pependenciero. El capital de heroísmo, como el monetario, sólo se emplea bien cuando se pone al servicio de una gran empresa.

Acontece lo mismo con el hombre de ciencia o con el hombre de letras cuando son ejemplares de excepción. La fama se asocia a las obras, pero no son geniales todas las obras del genio. El descubrimiento de las leyes de la gravitación forja el renombre de Newton, y basta el «Quijote» a la gloria de Cervantes. No es la fecundidad, sino la selección, la que abre las puertas de la Historia. Sin perjuicio de que las grandes inteligencias estén en la vía de repetir sus hazañas.

La perennidad de la obra, en contraste con lo deleznable del autor, explica los fracasos del género biográfico. Las biografías no suelen contribuir a la glorificación de los grandes hombres biografiados, porque al rasgar el velo que cubre la vida privada y hasta una parte de la vida pública, dan pábulo a una curiosidad simplemente erudita o predominantemente malsana. Visto el hombre entero, pronto se descubre que es de barro como los demás, y nuestra admiración se reduce al perder perspectiva, aproximando el Héroe a nosotros y quedar acortada la honesta distancia que debe separar al admirador y al admirado. Es por lo que se dice que los grandes hombres no parecen grandes a sus ayudas de cámara.

Que la Historia se nutra de ciertas acciones y que las incorpore a su acervo separadas del resto de los actos que tejen la vida entera del protagonista, explica que la sociedad posea un sentido discriminatorio. Sólo en la confluencia de la originalidad genial y de este criterio que incorpora o elimina influencias, se forja la ejemplaridad, el valor social típico. Pero ¡cuántas energías selectas se han perdido para la Historia por falta de oportunidades de contraste y expansión! No nos referimos aquí a aquellos talentos que se pierden en la ignorancia, como las aguas de los ríos en el mar, según el similitud de Costa y de Cajal. Esta es otra cuestión. Aludimos a las mentes cultivadas y a las voluntades enérgicas que, siendo conocidas, no han alcanzado los primeros puestos y se han sentido al margen de la verdadera vocación por falta de coyuntura, como seres que ven frustrado su instinto de paternidad. Les ha fallado la circunstancia o se les ha desvanecido el tiempo. O bien, su tiempo no ha llegado aún. El gran hombre necesita la colabo-

ración del tiempo. Requiere la ocasión, asimilable, en la Historia, al grado de permeabilidad que, en Geología, explica que calen las aguas en las capas de la tierra. «Todo genio —como dice, y no se puede decir mejor, el Dr. Marañón—, es el producto de tres azares —y por eso hay tan pocos genios—: el azar de la excelstitud de alma; el de que el alma genial encuentre el ambiente propicio; y todavía, el de que el alma y su ambiente se encuentren en el momento justo, exacto, en que uno a otro se puedan fecundar.»

La cuestión relativa a la determinación del alcance con que el sistema social condiciona la vigencia de los valores ha sido profundizada por la Sociología del saber. Pero queda sustraído a ésta lo que afecta a la objetividad de los valores y al modo personal de sentirlos y vivirlos, problema propiamente metasociológico y metafísico.

Este es otro aspecto de la selección. Hay hombres que realizan valores que no comportan, inmediatamente al menos, un propósito de integración social ni de ejemplaridad, sino que significan experiencia de intimidad. Tal actitud no se propone el encumbramiento entre los demás, sino que es más bien una inhibición, un impulso de renuncia a la fama y de concentración en sí mismo, esto es, de ensimismamiento. La fama es el buen juicio que de nosotros tienen los demás. Existe la fama restringida del círculo social inmediato, del núcleo de especialistas o de profesionales; la fama, más difundida, de quien se desenvuelve en círculos comunales y genéricos: fama del guerrero, del político, del orador o del escritor que no se encierra en un sector del saber, sino que sacude o impresiona las almas con los recursos del arte.

No por ser más restringido el círculo de la fama tiene siempre menor valor social. Este no se encuentra necesariamente en razón directa de la popularidad que aureola las empresas del hombre de Estado o que acompaña la carrera triunfal de muchos artistas. El destino del inventor es, por el contrario, poco apto para ser entrevistado y valorado por las multitudes, y nadie negará, no obstante, el inmenso valor social de la inventiva.

Mas en uno y en otro caso, la fama es un tributo de reconoci-

miento con que la adhesión pública proclama la transfusión del espíritu del hombre afamado en el medio social y reconoce que la personalidad, lo mejor de ella o lo más saliente, se ha proyectado en los demás.

Al margen de la fama está el retiro, «la escondida senda», que unas veces siguen los desilusionados y los misántropos, pero que otras descubren, o mejor, se trazan otros que son verdaderamente selectos, «los pocos sabios» que meditan sobre el sentido de la vida. La misantropía es antisocial, pero la actitud del selecto que se retira para encontrarse a sí mismo en la soledad, no sólo es respetable, sino susceptible de producir frutos sociales.

Existe, en este orden, la gama inmensa de virtudes humildes, cuyo cultivo caracterizará de selecto al hombre que, sin aislarse por completo de los demás, reivindique su libertad interior con propósito de laboriosidad y de cultivo. No le aturdirá la trompetería de la gloria, pero tampoco le será indiferente el buen juicio de las almas rectas. Vivirá entregado a sus propios pensamientos sin pregonar ni sentir que lo importante es que ande él caliente aunque la gente se ría, epicureísmo que es negación de toda virtud. Pero más que la publicidad de la acción le interesará el móvil, y más que entregarse al juego de las convenciones sobre el ancho camino que sigue la multitud, gustará del análisis de las situaciones para obedecer la propia inspiración o el propio gusto depurado en el contraste reflexivo.

Podemos llegar por la senda escondida a los dominios de la vida contemplativa. Desde sus umbrales, contemplaremos —ellas también pueden ser contempladas— las almas desasidas del cuidado. Contemplar parece que es todo lo contrario de la acción. Pero la acción se propone crear o reformar, y no hay cuestión ni reforma social que no suponga o implique una cuestión moral. El cultivo de las almas es entonces agente de reforma social, porque la sociedad es unión espiritual de hombres, y la solidaridad no es un engranaje mecánico, sino una cooperación que requiere libertad y discernimiento.

Si se dice que los contemplativos no son activos, que no son socia-

les porque separan su vida de la vida social, habrá que apelar para desmentirlo a la Religión, que legitima diversos tipos de vida, pero cifra la perfección en la vida contemplativa, y al proceder así no sólo piensa en la perfección del cenobita o del anacoreta, sino en los bienes que esta actitud de retiro produce y derrama sobre los hombres todos. Creyendo en la eficacia religiosa, habrá que pensar con Víctor Hugo que los que rezan siempre llenan el vacío que en el mundo moral dejan los que no rezan nunca. Elevar el corazón a Dios es el modo mejor de elevarse uno mismo, y en el orden del perfeccionamiento la suma de perfecciones individuales forma el acervo social. El ascetismo causa efectos sociales al transformar la renuncia en posesión de sí, condición necesaria para servir a los demás. Y las almas que no aciertan a encontrarse a sí mismas y a poseerse, no poseen tampoco energía para actuar coherentemente en la vida social. Se concibe bien así que la Edad Media, a la que nadie negará facultad creadora, estableciese la solidaridad de los que oraban y de los que combatían. La actitud de O'Connell entregado en una iglesia a la oración cuando esperaba el Parlamento oír su voz en favor de la libertad de Irlanda, no era una actitud estéril ni en el orden de los acontecimientos materiales e inmediatos, porque contenía, sin proponérselo, un fermento social.

Lo mismo el caballero. Lo es en todos los actos de su vida. Se caracteriza por una habitualidad selecta de conducta que, por lo demás, no necesita ninguna ocasión excepcional en que culminar. En sus pensamientos y en sus maneras responde a la consigna de que «Nobleza, obliga». Su selección —se dirá— es la del estamento a que pertenece, pero sería más justo afirmar que las virtudes de hidalguía son eminentemente personales porque se ejercitan en circunstancias que permanecen desconocidas para los demás y aspiran a la aprobación de la propia conciencia.

La sociedad necesita también la existencia de sectores extensos donde moren almas no aturdidas por los ruidos del mundo. Es legítima la aspiración a dejar huella en el tiempo mediante la dedicación fervorosa a una obra. Las aspiraciones individuales, incluso el afán de sobresalir, mientras no degeneren en morbosa adoración

de sí, pueden soldarse a la conveniencia común, al bien de los otros. Y esto es lo que acredita que entre individuo y sociedad, lejos de existir oposición, exista simbiosis. Pero si los héroes y los grandes hombres han recibido la consagración del renombre al volcar sobre la sociedad el torrente de una acción personal desbordante, hay selectos que no incorporan a la sociedad acciones desmedidas, pero fertilizan, en cambio, con su vida total el subsuelo que nutre las raíces de los grandes troncos.

Aquí varía la perspectiva de los valores. El agente de la Historia —de la sociedad en cuanto Historia— es la *acción* destacada e influyente. Por eso, del héroe sólo se incorporan a la Historia las acciones heroicas; del hombre de Estado, la vida pública, del artista, el libro, el lienzo o la estatua.

Hay otra selección que, conocida o ignorada, comprende al hombre completo, forma su alma toda y se expresa en un incanjeable estilo de vida, con perfecta unidad de conducta.

No es ya a la *selección* como producto consolidado y como género, sino al *selecto*, a lo que ahora nos referimos: a la personalidad. Tener personalidad no requiere aparato de manifestaciones resonantes, pero exige continuidad de actos que no necesitan ser excepcionales, sino distinguidos en el sentido de ser imperados por un espíritu peculiar. Pues resulta cierto que no todos los días cabe merecer la fama, pero todas las horas son propicias para vivir elevadamente la vida. La culminación de este esfuerzo sobre sí mismo y de su expresión consciente es la perfección, y la suma de perfecciones determina las calidades y excelencias de una sociedad que no se confunda con una organización de masas.

Al trazar este perfil, no se pretende exponer una necesidad de opción. La Sociedad necesita el impulso de las grandes firmas y ha de ser, a la vez, medio propicio para que las almas puedan entregarse a la intimidad. Ha de ofrecer fulguraciones geniales y zonas de penumbra y de silencio adecuadas a las más características vivencias personales. Podríamos deducir que los valores morales, en cuanto entrañan clara conciencia de las relaciones de la conducta y esfuerzo perseverante del hombre sobre sí, nivelan la so-

ciudad por lo más alto, mediante principios que «siendo patrimonio de toda alma honrada» sólo pueden ser vividos con un sentido individual e intransferible de la responsabilidad. La conclusión sería favorable a la primacía de la «vida buena» sobre cualquier otro valor.

Pero no es este linaje de reflexiones, por pertinente que fuera su exposición, el fin principal de estas notas. Lo que aquí interesa establecer es la comprobación de un sentido de la vida social en virtud del cual la sociedad no se manifiesta únicamente como principio de asimilación, por un lado, de resistencia, por otro, sino como espacio para las actividades y como organización protectora que permite a los hombres vivir en sí, además de convivir. Ofrecer condiciones para el desarrollo de cada uno en lo que tiene de específico y llega a comportar una especie de pudor del alma, es también un fin social. Y la misma acción de las minorías directoras no debe ser enjuiciada con un criterio transpersonal, pues encuentra su destino en propiciar este ambiente, en el cual la sociedad pierde como fuerza de compulsión lo que gana como medio beneficioso para una fecunda variedad personal.

